

cual descansa toda la religión.—Sin preparación me expongo á carecer de exactitud, de precisión y de interés. La misma ley que me obliga á predicar me impone el hacerlo útil y convenientemente.

PUNTO SEGUNDO.—*En qué consiste esta preparación.* Estudiar el asunto y ponerme en las disposiciones que Dios pide para hacerme instrumento de su misericordia.—La predicación que no está preparada por el estudio y el trabajo, es imprudente. San Pablo quiere que Timoteo lleve á la par el afán de instruirse y de instruir á los demás. Debo merecer tanto como me sea posible el ser instrumento de la gracia. Mas para esto es necesario que me despoje de mí mismo, que me una al Salvador, abandonándome á su espíritu: *Disceper orationem: invoca me, et veniet in te Spiritus sapientiae... Imple cor tuum eloquiis divinis, ut ex abundantia cordis os loquatur.*

MEDITACIÓN LXVI

Deseo de vanagloria en la predicación

- I. Es muy criminal.
- II. Cómo debemos evitarlo.

PUNTO I

Que desorden es subir al púlpito con miras de vanidad: debemos detestarlo á todo trance

El que predica por vanagloria hace á Dios un gran ultraje por ejercer tan santo ministerio sólo por buscar su adulación; además defrauda al prójimo tan sano alimento por atender á sí mismo.

1.º Eso es ultrajar á Dios. El predicador es embajador de Jesucristo enviado para someter á su ley ó devolver á su obediencia á las almas que habían sacudido su yugo y rehusaban servirle. Pero ¿qué es lo que hace si escucha las inspiraciones de la vanagloria si cede al deseo de ser alabado? El mismo se rebela contra su soberano Señor. En cierto modo

le suplanta y quiere ocupar su puesto en la estima de las criaturas. Semejante á Judas que en el ejercicio de su apostolado buscaba sórdida ganancia y á la vez el interés no menos vil de su soberbia. Más interesado en conquistar renombre, que en afiliar almas bajo el estandarte de la Cruz, profana la santidad del púlpito, haciendo del trono del Evangelio asiento de su vanidad y pedestal de su ambición. Envilece su dignidad, dice Bossuet, hasta el punto de poner á servicio del deseo de agradar el ministerio de instruir; no se avergüenza de comprar palabras de lisonja con la palabra de la verdad; alabanzas, alimentos vanos de los espíritus ligeros por el sólido y sustancial alimento que Dios ha preparado á sus hijos; ¡qué indignidad! ¿Se hace por ventura hablar así á Jesucristo? ¿No es esto corromper la palabra divina, empleándola, no en dar á Dios hijos espirituales, sino en procurarse para sí propio necios aduladores é insensatos admiradores? *Adulterantes verbum Dei* (1).—*Adulterare verbum Dei est, ex eo non spirituales fructus querere, sed. adulterinos fructus laudis humanae* (2). San Jerónimo dice del mismo predicador: *Nomen Dei despicit, panem polluit doctrinarum, et in ipsum Deum jacet contumelias* (3).

2.º Es defraudar al prójimo. Figuraos un padre que quiere salvar á sus hijos de un gran peligro; ¿qué se diría de él si, ocupándose menos de libertarlos que del juicio de los espectadores sobre la mayor ó menor habilidad que despliega en sus maneras, se consolara con la inutilidad de sus esfuerzos, con tal de que fuese aplaudida su destreza? ¡Qué grito de indignación se levantaría contra esa fría crueldad! Tal es sin embargo la incalificable conducta del predicador vanidoso. Padre de su pueblo, enviado para arrancar á sus hijos del horror de un suplicio eterno, piensa más en el brillo de sus talentos que

(1) II Cor., IV, 2.

(2) S. Greg. Moral., l. XVI.

(3) In Malach proph., c. I.

en libertarlos de esa terrible desgracia. ¿En dónde está la caridad, en dónde la simple compasión siquiera? ¿Qué alimento queda para las almas en esos discursos dispuestos de tal modo que sólo son pasto del orgullo?

Sólo es útil la predicación que el Señor bendice, y para los soberbios tiene únicamente maldiciones el Señor: *Adimplebitur maledictis* (1). Desde el momento en que un predicador prefiere la estima de los hombres á la de Dios, ya no busca ni en el asunto, ni en la manera de tratarlo aquello que serviría para instruir y mover, se preocupa sólo de lo que le hará brillar. No será entendido por sus oyentes, mas ¿qué le importa? *Non illos appetit erudire, sed se ostendere; nec intuetur quam justí qui audium fiant, sed ipse quam doctus, cum auditur, appareat* (2). San Isidoro resume así las cualidades de la buena predicación: *Sermo debet esse purus, simplex, apertus, plenus gravitatis et honestatis, plenus suavitatis et gratiæ* (3). El predicador vanidoso subordina todas estas reglas al deseo de ser admirado, que es su objeto. No edifica, destruye. Se trasluce su vanidad por todos lados; hay escándalo y se pregunta si será verdadero lo que él predica.

3.º Es perjudicarse á sí mismo. Según la Escritura y los Padres, los que predicán son sembradores de la eternidad: *Satores æternitatis*. Cuando llevan á los corazones el temor de Dios y encienden en ellos el deseo de los bienes celestiales, depositan los gérmenes de la eternidad bienaventurada. Y por la excelencia de la caridad que practican, se preparan para sí propios la más abundante cosecha; pero si en vez de dejarse guiar por miras de fe, buscan la gloria humana, ¿qué recogen de todos sus afanes? Y si á lo menos se tratara sólo de un trabajo inútil y de los méritos perdidos! Pero hay en eso algo más, un pe-

(1) Eccli., X, 15.

(2) S. Greg., *Moral.*, l. XXIV.

(3) *Offic.*, l. II, c. V.

ligro espantoso para la salvación: *Prædicator qui sibi plausum quærit, non conversionem populi...; damnabitur; tum quia prædicationis officio ad laudem, non Dei, sed suam, abusus est; tum quia vanam gloriam sibi finem ultimum præfixit; tum quia salutem tot animarum sibi creditam impedivit et evertit* (1). Concluyamos, pues, con San Lorenzo Justiniano: *Odibilis plane Deo res ex sermonibus sacris vulgarem famam appetere, Christoque neglecto, in affectibus mortalium se velle imprimere. Talis... adulter est, sui conditoris raptor gloriæ, et animæ suæ crudelissimus interemptor* (2). ¡Ah! ¡Cuántos remordimientos debe haber al acercarse el juicio en la conciencia de semejante predicador!

PUNTO II

Como debemos combatir el deseo de vanagloria en la predicación.

1.º Empecemos por convencernos de que esta es tentación muy seductora, y que aun los Sacerdotes más santos están expuestos á ella. Jesucristo tiembla por sus discípulos cuando les ve ir á contarle, satisfechos de sí mismos, con demasiado apresuramiento, el éxito de sus primeros trabajos (3). San Gregorio el Grande hablando de sí mismo en el último capítulo de sus *Morales*, dice: «Si entro en mi corazón para examinar la intención que me ha movido á componer este libro, veo que lo he emprendido con el intento de agradar á Dios; conozco empero al propio tiempo que á veces se mezclan con esta primera intención otras miras menos puras y cierto deseo de gloria humana que se apodera de mi espíri-

(1) Cornel. á Lap., in *Luc.*, c. VI.

(2) *De instit. et regim. Prælat.*, c. VII.

(3) *Reversi sunt septuaginta duo cum gaudio dicentes: Domine, etiam demonia subjiciuntur nobis in nomine tuo. Et ait illis: Videbam Satanam sicut fulgur de celo cadentem.* (*Luc.*, x, 17, 18).

tu, como el ladrón que se arroja de improviso sobre el viajero en medio de su camino.» ¡Oh! ¡Es difícil el prescindir por completo de sí mismo, para que en el ministro se vea solamente á Jesucristo, en el hombre al Sacerdote, y al apóstol en el predicador!

2.º Meditemos los avisos de S. Francisco Javier al padre Barzée: «Como quiera que oiga elogiar por todas partes vuestras predicaciones, tiemblo que por agradar con afán á todo el mundo, dejéis de agradaros á vos mismo.... Nada os pertenece en vuestro ministerio, sino las faltas que en él cometáis. Persuadíos de que, si Dios comunica fuerza y luz á vuestros discursos, no es un favor concedido á vuestros méritos sino á las oraciones de la Iglesia y á la piedad del pueblo. No olvidéis que tenéis que dar á Dios cuenta muy estrecha de este don que se os ha confiado para provecho de los demás. Comparad el fruto de vuestras predicaciones con el mayor y más abundante que de ellas resultase, si no pusiérais obstáculos, por vuestras faltas, á los designios de la bondad divina... Acordaos de tantos oradores que, después de haber predicado á los demás, llegaron á ser réprobos, sólo por falta de humildad; predicaban con elocuencia admirable..., y fueron precipitados en el fuego eterno, porque se atribuyeron la gloria que es debida únicamente á Dios.»

3.º Es necesario velar constantemente sobre sí, renovar con frecuencia la intención á fin de no consentir ni un movimiento, ni una frase, ni una palabra que tiendan á recomendarse y á provocar admiración. Lejos de buscar elogios, humillaos por los que se os tributan, pues no pocas veces son pruebas de que habéis faltado al fin de la predicación, que es la enmienda de los oyentes. Si ellos estuvieron tocados y convertidos de veras, pensarían en algo más que en la belleza de vuestros discursos: *Lacrymæ audientium plausus sint tui* (1).

(1) Cuenta San Juan Crisóstomo que un día, volviendo á su casa después del sermón, pensando delante de Dios en los aplausos de que había sido objeto, y que habían quitado á

San Pablo no temió ser desmentido cuando escribía á los Corintios: *Non nos prædicamus, sed Jesum Christum.* ¿Puedo de mí decir lo mismo? ¿No habrán pensado mis oyentes: «Este Sacerdote se predica á sí mismo, ó al menos no busca principalmente la gloria de Dios y la salvación de las almas? ¡Qué vergüenza en caso afirmativo!

Después de breves instantes, ¡oh alma mía! seremos el tabernáculo de Jesús. Cuando los ángeles canten en derredor nuestro: *Exulta et lauda, habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sanctus Israël,* oigamos á ese Dios tan grande y bueno que nos dirigirá esta paternal exhortación: *Non in persuasibilibus humanæ sapientiæ verbis, sed in virtute Dei prædica, fili. Non misi te ut mirentur te, sed ut per te convertantur ad me. Non sermones prurientes auribus, sed corda penetrantes edidi ego, dum inter homines versarer; abnega te ipsum, fili, et sequere me. Quære gloriam meam, quære proximi salutem; nihil dicas quod ad hos fines non tendat* (1).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*Que desorden es predicar por vanidad y cuanto hemos de detestarlo.* Eso es ultrajar á Dios en una misión que sólo tiene su gloria por objeto, es faltar al prójimo y perjudicarse á sí mismo.—Suplantar á Dios y defraudarle en la estima de las criaturas, comprar palabras de lisonja por la palabra de la verdad... hay nada más indigno? Es lo que llama San Gerónimo. *Nomen Dei desplicere, panem polluere doctrinarum, et in ipsum Deum facere contumelias.* ¿Ser padre de su pueblo y pensar menos en salvar á sus hijos que en sus talentos! ¿En donde está la simple compasión? Un predicador que no busca ni el instruir ni el mover, en vez de edificar, destruye. Escusado es decir que no toma

los oyentes el deseo de aprovecharse de la divina palabra, se puso á llorar y á gemir como si hubiera perdido su triunfo. (S. Hier., *ad Nep.*)

(1) *Memorial. vit. sacerdot., c. LIII.*

en serio lo que dice.—¿Qué recoge de su trabajo? *Qui sibi plausum querit... damnabitur... tum quia vanam gloriam sibi finem ultimum præfixit; tum quia salutem tot animarum sibi creditam impedivit et evertit.*

PUNTO SEGUNDO.—*Como se debe combatir esta tentación.*—Aun los más santos se hallan expuestos á ella. Jesucristo la teme en sus apóstoles: *Videbam Satanam sicut fulgur de celo cadentem.* ¡Ah! cuán raro es el olvidarse enteramente de sí propio para ocuparse sólo de la gloria de Dios! Meditemos los sabios avisos de San Francisco Javier á este respeto. Velemos constantemente sobre nosotros mismos, renovémosnos con frecuencia la intención. Pongámonos en estado de decir con San Pablo: *Non nos prædicamus, sed Jesum Christum.*

MEDITACIÓN LXVII

El Sacerdote en la Cátedra Sagrada es pescador de hombres: Ex hoc jam homines eris capiens. (Luc., V, 10).

- I. Las dos pescas milagrosas del Evangelio son imagen de la predicación.
- II. Lo que asegura el éxito de la pesca espiritual, ó sea de la predicación.
- III. Qué hace el buen Sacerdote después de una pesca abundante, ó de una feliz predicación.

PUNTO I

La predicación es una pesca espiritual

Dios había prometido enviar al mundo un gran número de pescadores, que cogieran á las almas en sus redes: *Ecce ego mittam piscatores multos, dicit Dominus, et piscabuntur eos* (1). Esta promesa ha sido cumplida y tiene aún su cumplimiento en la persona de los predicadores de su santa palabra; á todo Sa-

(1) Jerem., XVI, 16,

cerdote llamado al ministerio apostólico se le ha dicho: *Ex hoc jam homines eris capiens.* Los hombres, dice S. Gregorio Nacienceno, nadan en aguas amargas en medio de olas agitadas y de las tormentas de esta vida triste (1). Sin caridad, sin tolerancia mutua, se devoran los unos á los otros (2). Y es allí en donde va á recogerles, para dicha suya, la sed de la palabra divina. El pescador no puede saber que pescados cogerá, ni el predicador que personas, de entre las que le oyen, se aprovecharán de su celo (3).

Queriendo Jesucristo excitar la fe y la esperanza de sus ministros hizo por medio de sus apóstoles dos pescas milagrosas: la una casi el momento mismo de su vocación, y después de su Resurrección la otra. Esta última tuvo muchas ventajas sobre la primera; mientras en aquella fué arrojada la red sólo á la derecha, en esta lo fue indistintamente á derecha é izquierda: *«Mittite in dexteram navigii rete»* (4). En la primera se rompió la red, lo que no acaeció en la segunda, por más que fueron innumerables y de gran pesos los pescados. Estos fueron, buenos y malos en la una, sin número determinado; en la otra la red contuvo sólo pescados escogidos y en número determinado (5). Estas dos pescas dice S. Agustín, son figura de la Iglesia en su diversos estados: como es ahora, y como será después de la Resurrección general (6). La primera representa á la Iglesia mili-

(1) *Homines natantes in mobilibus rebus, et amaris hujus vite procellis.* (Orat. 31.)

(2) *Mare in figura dicitur sæculum hoc., ubi homines cupiditatibus perversis et pravis sunt velut pisces se invicem devorantes.* (S. Aug., *Enarr. in Psal. LXIV.*)

(3) *Sicut qui retia jactat in aquam, nescit quos pisces comprehensurus sit; sic et doctor, quando divini sermonis retia super populum jactat, nescit qui sint accessuri ad Deum.* (Auct. oper. imperf. in Matth., Homil. VII.)

(4) Joan., XXI, 4.

(5) *Plenum magnis piscibus centum quinquaginta tribus.* (Joan., XXI, 11.)

(6) *Sicut hac significata est Ecclesia, qualis in fine sæculi futura sit; ita alia piscatione significata est qualiter nunc est.* (Tract. 122 in Joane.)

tante, comparada por el Salvador. *Sagenæ missa in mare, et ex omni genere piscium congreganti* (1). Los cismas y las herejías desgarran su seno; se compone Ella de justos y de pecadores, de réprobos y de escogidos. En la segunda hay que ver á la Iglesia triunfante, ó sea, á los predestinados, que serán conducidos al fin de los tiempos á las playas de la eternidad bienaventurada.

Instrumento de estas dos pescas es el ministerio sacerdotal. El Sacerdote está llamado á arrancar á los hombres del abismo de errores y de vicios en que están hundidos, como en el agua los peces, á fin de llevarlos en el tiempo á la vida de Dios, y á su bienaventuranza en la eternidad. No de otra suerte que el Salvador reunió por sí mismo los pescados en el punto del mar en el cual debían lanzar sus redes los apóstoles, poniéndolos á la mano, así conduce todos los días á los oyentes al pie de la Cátedra Sagrada y les dispone á aprovecharse de la palabra divina. ¿Cómo he cumplido hasta ahora tan admirable ministerio? He ganado con mis predicaciones muchas almas para la fe y para la gracias, preparándoles para la vida eterna?

PUNTO II.

Lo que asegura el éxito de la pesca apostólica

El hacerla con toda claridad, alumbrada por la fe viva, sostenida por la confianza y animada de espíritu de concordia y de caridad

1.º ¿Por qué se verán obligados tantos predicadores, al llegar al Tribunal de Dios, á reconocer que no han obtenido fruto ninguno de sus esfuerzos? Porque en vez de trabajar en pleno día, inspirándose en la fe, habrán ejercitado su celeste misión con miras terrenales, colocando al hombre en el lugar de Dios, buscándose á sí mismo: *Tota nocte laborantes nihil cepimus*. Jesucristo no estaba allí: *Illa nocte laborantes*

(1) Matth., XIII, 14.

nihil prendiderunt; por la mañana *mane autem facto*, cuando Jesús está delante de nosotros, *stetit Jesus in littore*, cuando nos dejamos guiar por su divina luz, y no por los falsos resplandores de la prudencia carnal, las cosas cambian de aspecto.

2.º Invitado por Jesús, Pedro no opone objeción ninguna y consiente en arrojar su red: *Præceptor, per totam noctem laborantes nihil cepimus; in verbo autem tuo laxabo rete*. San Buenaventura explica esta palabra de la manera que sigue: Durante la noche ha sido infructuoso nuestro trabajo, porque nos habíamos fiado de nuestra propia industria, ahora ya no sucederá lo propio, porque es en Vos ¡oh Maestro! en quien descansamos, y no ya en nosotros mismos (1) ¿Quedó por ventura burlada su confianza? *Et cum hoc fecissent, concluderunt piscium multitudinem copiosam*. ¿Queremos mover á Dios y alcanzarlo toda de su bondad? Abandonémonos á la fe de sus promesas, y obremos. Tanto enemigo como es de la presunción, hija del orgullo, gusta de ver en nosotros la humildad, madre de la confianza. ¡Oh! Cuánta fuerza tiene un Sacerdote, cuando al presentarse á un pueblo puede decirle, con la misma seguridad que Moisés hablaba á los hijos de Israel: *Qui est, misit me ad vos* (2). Esta firmeza de la esperanza es uno de los dones que se muestran con más esplendor en los primeros predicadores del Evangelio: *Repleti sunt omnes Spiritu sancto, et loquebantur verbum Dei cum fiducia* (3). La habían pedido al Señor: *Da servis tuis cum omni fiducia loqui verbum tuum* (4). Por eso ni aun los corazones más puros podían resistir á la virtud del Espíritu Santo que hablaba por ellos: *Non poterant resistere sapientiæ et Spiritui qui loquebatur* (5)

(1) *Industria propria confisi laborantes nihil cepimus; nunc autem, non in meis, sed in tuis viribus confido.* (S. Bonav.)

(2) Exod., III, 14.

(3) Act., IV, 31.

(4) Ibid., 29.

(5) Act., VI, 12.

3.º Pero lo que le atrae del todo las bendiciones del Cielo sobre los obreros evangélicos es la unión de la caridad que reina entre ellos: *Et annuerunt sociis, qui erant in alia navi, ut venirent et adjuverent eos. Et venerunt, et impleverunt ambas naviculas.* Bastó una señal para hacer correr á los compañeros de Pedro; comparten su alegría y no piensan en mostrarse envidiosos de ella. ¿Cuándo será que los ministros del Señor confundan todos sus intereses con los de su Maestro, mirando con el mismo interés los favorables resultados de sus hermanos y los suyos propios? Vos glorificáis, ¡oh Dios mío! á los Sacerdotes buenos que se olvidan de sí mismos para daros adoradores... Es eso precisamente lo que desespera á la envidia y la desencadena contra ellos. Obtienen éxito, son estimados: he ahí los que se persigue como imperdonable crimen en vuestros más santos ministros. Oscurece, con menoscabo de vuestra gloria, la de los hombres que la procuran. Llenad de caridad nuestros corazones y desearemos que todos profeticen con nosotros y mejor aun que nosotros.

PUNTO III

Qué debe hacer el pescador apostólico, cuando el Cielo ha querido bendecir sus trabajos?

Admirar la obra de Dios, humillar y unirse más y más á Jesucristo.

Al ver un éxito tan extraordinario, y considerando esas dos barcas cargadas de tal abundancia de pescados, que ya casi se sumergían (1), Pedro y sus compañeros sienten temor: *Stupor circumdederat eum et omnes qui cum illo erant.* A veces son más admirables los efectos de la predicación; y cuando un Sacerdote celoso es el instrumento de esas maravillas; cuando ve hombres del todo transformados por la virtud de la palabra santa que acaba de anunciar., adora el

(1) *Ita ut pene mergerentur.* (Luc., v.,)

poder y la bondad de Dios, y á El atribuye todo el fruto de estos prodigios.

Cuanto más admirable es el portento, más se humilla. El conocimiento íntimo que tiene de su nada unido al recuerdo de sus culpas, le hace sentir vivamente su indignidad para que Dios le emplee en cosas tan grandes. Pedro cae de rodilla á los pies del Salvador y exclama: *Exi a me, quia homo peccator sum, Domine:* pero rechazar así al Hijo de Dios es atraerle: ¡tiene la humildad para El tantos encantos! *Certe se humiliando non expellebat, sed attrahebat* (1).

Humillémonos también bajo el peso de los favores divinos, y reportemos de ellos, con los apóstoles otro bien muy excelente: que sean ellos un nuevo vínculo que nos encadene á tan buen Maestro, y un motivo que aumente nuestro celo para servirle: *Et subductis ad terram navibus, relictis omnibus, secuti sunt eum* (2).

RESUMEN DE LA MEDITACIÓN

PUNTO PRIMERO.—*La predicación es una pesca espiritual.* A todo Sacerdote llamado al ministerio apostólico se le ha dicho: *Ex hoc jam homines eris capiens.* En las dos pescas millagrosas de los apóstoles está figurada la Iglesia en sus dos estados, militante y triunfante. El Sacerdocio es por la predicación el instrumento de esas dos pescas. ¿Cómo he cumplido este ministerio admirable? ¿He conducido á la fe y preparado para la gloria á un gran número de almas con mi manera afable y buena de anunciar la palabra divina?

PUNTO SEGUNDO.—*¿Qué aseguró el éxito de la pesca de los apóstoles?*—Este fué la fe viva y la confianza que animaba á los pescadores y la caridad que les unía.—La noche favorece la pesca de peces, mas la de las almas no se alcanza sino con la plena luz de la fe: *Tota nocte laborantes nihil cepimus:* Jesucristo no estaba allí: *Mane autem facto, stetit Jesus in littore.* ¿Queremos mover á Dios y alcanzarlo todo de su bondad? Fié-

(1) S. Bonav.

(2) Luc., V, 11.

monos de sus promesas y obremos fundados en estas: *Da servis tuis cum omni fiducia loqui verbum tuum.*—La unión que reina entre los obreros evangélicos contribuye mucho á sus buenos resultados: Tengamos el deseo de que todos profeticen con nosotros y mejor que nosotros aun.

PUNTO TERCERO.—*Qué debe hacer en sus triunfos el pescador apostólico?* Admirar la obra de Dios, humillarse y unirse más y más á Jesucristo: Pedro y los que le acompañaban se sienten sobrecogidos de temor: tanto más se humilla cuanto son más brillantes sus triunfos. *Exi a me, quia homo peccator sum* Que los favores divinos sean para nosotros, como para los apóstoles, nuevo lazo que nos estreche á Maestro tan bueno: *Relictis omnibus, secuti sunt eum.*

MEDITACIÓN LXVIII

La predicación nos impone el estudio y el amor de la Sagrada Escritura

- I. Aprendámoslo de la Iglesia.
- II. Aprendámoslo de las obligaciones del predicador.

PUNTO I

La Iglesia manda con instancia que nos dediquemos al estudio de los Libros Santos

Ella cumple, por el ministerio de la predicación, el divino cargo que le ha sido confiado: *Docete omnes gentes* (1). Pero ¿cuál es esta ciencia que nos manda enseñar á los pueblos, *docete*, sino la ciencia de Dios, de sus misterios, de sus voluntades, y en dónde la hemos de encontrar sino en los libros que contienen su precioso depósito?

Quiere la Iglesia que saquemos de esa fuente las aguas saludables de la doctrina, para regar á las almas y hacerles rendir los frutos de verdadera santi-

(1) Matth., XXVIII, 19.

dad. Por eso manda que muy á tiempo se nos inspire el amor á las Sagradas Letras, y que, desde el comienzo de nuestra educación sacerdotal se nos inicie en este estudio que domina á todos los estudios eclesiásticos. Una de las primeras órdenes que confiere, tiene por oficio el leer el Texto Sagrado delante de los fieles, y en la última de ellas, entre las demás gracias que solicitó para nosotros fué esta: *Ut in lege Domini die ac nocte meditantes, quod legerint credant, quod crediderint doceant.* Y eso mismo nos recomienda con empeño en las asambleas de sus Pontífices, en los escritos y por los ejemplos de sus doctores.

El concilio de Colonia dice, al hablar de los Sacerdotes y de los pastores; *Numquam a manibus eorum liber legis, hoc est Biblia, deponatur.* El cuarto de Milán desea que consagren al estudio de la Escritura todo el tiempo que les dejan libre los trabajos indispensables del ministerio; que no dejen pasar ni un solo día sin leer algunas páginas, y que empleen en esta santa ocupación toda la diligencia de que son capaces; *Quotidie ex sacris bibliis legite. Sacrarum litterarum studia diligentes colite.* Los padres y los intérpretes usan el mismo lenguaje: *Necesse est ut qui ad officium prædicationis excubant, a sacrae lectionis studio non recedant* (1). *Vaca lectioni divinæ, in meditatione Scripturarum; habeto in divinis lectionibus frequentiam* (2).—*Divinas Scripturas sæpius lege, imo numquam de manibus tuis sacra lectio deponatur; discere quod doceas. Sint divinæ Scripturæ semper in manibus tuis, et jugiter in mente volvantur. Tenenti codicem somnus obrepat, et cadentem pagina sancta suscipiat* (3). *Semper sis, quoad potes, in exercitio Scripturarum....; adhuc replico: Semper sis in exercitio Scripturarum* (4).

No ignoramos hasta que punto llevaron los santos doctores este amor á la Escritura. De tal modo la leyó S. Bernardo que fué su estudio predilecto, hacién-

- (1) S. Greg., *Past.*, p. 2., c. 11.
- (2) S. Isid., *Hisp.*, *De contemptu sæc.*
- (3) S. Hier., *in diversis epist.*
- (4) Petr. Bles., *De episc.* c. 2.